

El jardín de las preguntas perdidas

Julián David Granda Almeida

Estudiante I. E. M. Morasurco

En un lugar donde el invierno duraba demasiado, vivía Nahuel, un niño que colecciónaba preguntas sin respuesta. Las guardaba en frascos de miel: *¿Por qué los lobos aúllan a la luna?*, *¿Dónde van los colores en las noches sin estrellas?* Pero había una pregunta que nunca pudo atrapar: *¿Por qué el río dejó de cantar?*

El Río Durmiente había sido el alma del valle. Sus aguas narraban historias en cada curva, hasta que una mañana amaneció mudo. Las piedras de su lecho se cubrieron de un musgo negro y los sauces llorones junto a sus orillas, secaron sus lágrimas.

Nahuel decidió seguir el silencio río arriba. Al tercer día de camino, encontró a Kara, una tortuga centenaria cuyo caparazón estaba tallado por extrañas runas.

—El río no duerme; está esperando —le dijo Kara mientras mordisqueaba un hongo luminoso. —Los hombres cavaron demasiado hondo para buscar piedras brillantes y rompieron el hilo de plata que lo conectaba con el corazón de la montaña.

La solución era peligrosa: debía bajar hasta la *Cueva de los Espejos Rotos*, donde los minerales guardaban ecos de agua, con un candil de resina y un puñado de semillas de diente de león, por si necesitaba enviar mensajes al viento. Nahuel descendió.

Al interior de la caverna descubrió que los espejos eran cristales que reflejaban lo que el río había visto: niños bañándose, mujeres lavando canciones en la orilla, peces dibujando jeroglíficos en la corriente. Al tocarlos, Nahuel sintió el latido del río: *pum-pum, pum-pum, pum-pum*.

Con un fragmento de cristal, Nahuel cortó su mano y dejó caer tres gotas de sangre sobre la grieta más profunda. Era el pacto antiguo: sangre por voz. Al instante, un chorro de agua turquesa brotó arrastrando el musgo negro.

Cuando regresó al pueblo, el río ya murmuraba su nombre. Pero ahora Nahuel guardaba un nuevo frasco en su colección, con una pregunta fresca: *¿Cuánto duele sanar a la tierra?*